

LA HISTORIA Y LA PROVIDENCIA DIVINA

El reto de las predicciones del futuro y la Providencia divina sobre el mundo.

«El reto, desde luego, es tremendo, pero la ingenuidad del hombre es muy grande. Incluso las predicciones para el futuro, basadas en proyecciones del pasado, se hallan sujetas a la causalidad del hombre y a sus concretas intervenciones. En razón de este principio nos vemos confirmados en la importancia de las discusiones que habéis emprendido en la esperanza de promover el verdadero bien del hombre. Para aquellos de entre nosotros que somos herederos de la tradición judeo-cristiana o de otras tradiciones religiosas, ahí emerge también el importante elemento de la Providencia divina sobre el mundo y la realidad de su acción. El antiguo Salmista expresó esto diciendo: "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la construyen" (Sal 127, 1)».

JUAN PABLO II: Alocución con ocasión de la Conferencia internacional sobre «Población y futuro urbano» organizada por el «Fondo de las Naciones Unidas para la Población», el 4 de septiembre de 1980. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XII, núm. 42 (616), domingo 19 de octubre de 1980.

El realismo del cristianismo en su acción ante el contexto histórico.

«El cristiano debe darse cuenta de la realidad histórica en que vive. El cristiano debe ser realista y reconocer valientemente las características de la sociedad en que está llamado a vivir.

«Ahora bien, no es difícil comprobar que en el campo filosófico e ideológico, se halla presente una mentalidad racionalista, agnóstica y a veces incluso antiteísta y anticristiana; para no pocos, el único ideal es el de bienestar planificado y el del hedonismo. La crisis de valores ha penetrado en el sistema de

"vida cotidiana, en la estructura de la familia, en la pedagogía,
"en el modo mismo de interpretar el sentido de la existencia y
"el significado de la historia.

»Es una comprobación que el cristiano debe hacer valiente-
"mente, recordando, sin embargo, que no todos los valores han
"sido destruidos, que haya una profunda "ansia de verdad", y
"que debe convivir en este contexto histórico, tratando de amar
"a todos y ser luz sobre el candelabro y fermento en la masa,
"sea cualquiera la situación en que llegue a encontrarse. El co-
"nocimiento iluminado y equilibrado del propio tiempo hace al
"cristiano sabiamente optimista y lo salva de encerrarse en vanas
"lamentaciones; cada época de la historia debe ser entendida y
"y amada para ser salvada por Cristo y por la Iglesia».

JUAN PABLO II: Alocución a los peregrinos
de las diócesis de Reggio Emilia, y Guastalla,
Italia, el 4 de octubre de 1980. L'Osservatore
Romano, edición semanal en lengua española,
año XII, núm. 51 (625), domingo 21 de diciem-
bre de 1980.

Historia y Providencia divina.

«Los más grandes pensadores, filósofos, historiadores y po-
"líticos se han preguntado el porqué de la historia humana y
"de sus vicisitudes; y también el hombre sencillo de la calle
"siente el aguijón a veces desagarrador de estos interrogantes.
"Muchas son las soluciones que se han intentado y ofrecido;
"pero, a pesar de todo, la razón permanece impotente: no sabe
"responder satisfactoriamente a los interrogantes fundamentales;
"constata efectivamente un indudable desarrollo y progreso de
"la humanidad a costa de enormes fatigas y dolores, y, sin em-
"bargo, desconoce la causa.

»La Palabra de Dios nos enseña que solamente Jesucristo,
"Verbo Encarnado, puede responder a los interrogantes que nos
"agobian: la historia está llena de fenómenos y de movimientos
"que se van sucediendo los unos a los otros. Pero todo acontece
"dentro del designio de la Providencia, según las leyes trazadas
"por Dios Creador y Señor: la ley del amor, por la que Dios ha
"creado al hombre inteligente y libre, porque quiere su amor y
"su colaboración; la ley del contraste, por la cual la cizaña exis-
"te y crece junto al buen trigo; y la ley de la gloria, por la que
"toda la humanidad camina hacia la resurrección final. Y, por
"lo tanto, aun llevando en nosotros las heridas de la historia, es

"necesario saber interpretar todos los acontecimientos a la luz de lo alto, es decir, en la realidad de la Providencia, de la conclusión final de las vicisitudes, de la eternidad: "Porque, en El vivimos y nos movemos y existimos" (Act 17, 28), dice San Pablo, y añade: "Porque ninguno de nosotros para sí mismo vive y ninguno para sí mismo muere... Sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos" (cf. Rom 14, 7-8)».

JUAN PABLO II: Discurso a los prófugos de Venecia Julia, Friuli y Dalmancia el 21 de octubre de 1985. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVII, núm. 48 (883), domingo 1 de diciembre de 1985.

La historia no es un progreso necesario, sino un acontecimiento de la libertad.

«La historia no es simplemente un progreso necesario hacia lo mejor, sino más bien un acontecimiento de libertad, más aún un combate entre libertades que se oponen entre sí, es decir, según la conocida expresión de San Agustín, un conflicto entre dos amores: el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, y el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios».

JUAN PABLO II: Exhortación Apostólica «Familiaris consortio». *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XIII, núm. 51 (667), domingo 20 de diciembre de 1981.

El camino que Dios ha trazado a toda la raza humana en la historia.

«Hoy la Iglesia nos invita a todos y cada uno de nosotros a emprender voluntariamente y con alegría el sendero que Dios ha trazado para toda la raza humana. El Profeta Isaías habla de este sendero como "subir al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob" (cf. Is. 2, 3). Una parte de este "subir" es la vocación del hombre a buscar la humanidad plena y auténtica, a afinar y desarrollar sus cualidades espirituales y corporales, en la lucha por someter el mundo bajo su control mediante el avance de sus conocimientos y mediante su propio trabajo. Esto hace la familia humana con el progreso cultural (cf. Gaudio e spes, 53).

»Los hombres y mujeres de nuestro tiempo son totalmente conscientes de que, hoy más que nunca, están llamados a configurar su propio destino en este mundo. Los medios para seguirlo son cada vez más accesibles: una mejor comprensión de la tierra y sus secretos; una mejor comprensión de la persona humana y de la actividad humana; una mejor comprensión del movimiento de la historia y de la organización social; y el mundo de las comunicaciones, que da cada vez a más gente la oportunidad de participar en el progreso moderno. Estamos luchando para que nazca un mundo más humano.

»Donde hay un gran bien por conseguir, se necesita igualmente una gran madurez moral y un gran sentido de la justicia. Si una visión de la dignidad sublime de la persona humana —una dignidad que se basa en la relación única de cada uno con el Creador y Redentor, una dignidad ligada a la naturaleza, origen y destino trascendente del hombre—, el progreso carece de una dirección segura.

»Jesucristo, el camino, la verdad y la vida, nos revela el significado real de la historia. Revela el plan de Dios para la humanidad. Jesús habla a nuestra libertad y nos llama para promover el progreso humano verdadero al darnos su ley de amor y de servicio: "Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). El Evangelio purifica y fortalece toda cultura, capacitándola para ayudar al hombre a "subir al monte de Yavé... El nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas" (Is 2, 3).

JUAN PABLO II: Homilía durante la Misa celebrada en el Hipódromo Victoria, Adelaida, domingo día 30. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII núm. 50 (1986), domingo 14 de diciembre de 1986.

El progreso histórico no es el simple resultado de una especie de proceso dialéctico que nos exime de nuestro compromiso personal, ni la corriente de la gracia divina de la redención nos resta la posibilidad de sustraernos a ella.

«¿Vamos hacia lo mejor? ¿Vamos hacia lo peor? Para el cristiano no hay duda: la redención de Cristo, que comienza en la santa noche de Navidad, lleva progresivamente a la hu-

"manidad redimida y que acoge esta rendición, al triunfo sobre el mal y sobre la muerte.

«Ciertamente a medida que se va hacia Dios aumentan pruebas y dificultades. Esto vale tanto para el camino de la Iglesia como para el de cada uno de los cristianos. Las fuerzas hostiles a la verdad y a la justicia —como nos explica todo el libro del Apocalipsis— aumentan, en el curso de la historia, sus tramas y su violencia contra quien quiere seguir el camino del Redentor. Por tanto, en definitiva, a pesar de los riesgos y las derrotas parciales, la historia marcha hacia el triunfo del bien, hacia la victoria final de Cristo.

«Así, pues, para el cristiano el progreso histórico es una realidad y una esperanza cierta; no es, sin embargo, el simple resultado de una especie de proceso dialéctico que nos exima de nuestro compromiso personal por la justicia y la santidad; y el hecho de estar colocados, mediante la redención, en una corriente de gracia divina que nos lleva hacia el reino, no quita la lamentable posibilidad, por parte de cualquiera de nosotros, de substraerse voluntariamente a la fuerza benéfica de ese influjo divino».

«No, no aumenta el mal: aumentan las pruebas. Y puesto que Dios, junto con la prueba da también la fuerza para superarla (cf. 1 Cor 10, 13), la abundancia del mal, que nos quiere herir y seducir, termina por transformarse en una sobreabundancia de bien y de gloria. Por eso San Pablo pudo decir que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rom 5 20). En el curso del tiempo aumentan los ataques contra el reino de Dios y contra los que quieren seguir piadosamente a Cristo; pero aumenta también el don de fortaleza que les concede el Espíritu Santo, de modo que al final todo se resuelve en la victoria para cuantos han permanecido fieles.

«Esta es, queridos hermanos y hermanas, la perspectiva con la que debemos encaminarnos a afrontar y vivir el año nuevo que tenemos delante. La vida de aquí abajo no es, por sí misma, un cómodo y garantizado viaje hacia lo mejor. Desde los primeros años de nuestra vida nos damos cuenta de ello si tenemos los ojos abiertos. Lo mejor es ciertamente una perspectiva real; la humanidad, guiada por el Pueblo de Dios, está marchando en esta dirección; pero para cada uno de nosotros esta marcha hacia lo «mejor» no está privada de riesgos y de dificultades; y, sobre todo, está sometida cada día a la prueba

»de nuestra responsabilidad, debe ser el objeto de una elección libre».

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles 29 de diciembre de 1982. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XV, núm. 1 (731), domingo 2 de enero de 1983.

El misterio de la actuación de Dios en el mundo a través de la historia.

«... de hecho, no han faltado al hombre, a lo largo de toda su historia, ya sea en el pensamiento de los filósofos, ya en las doctrinas de las grandes religiones, ya en la sencilla reflexión del hombre de la calle, razones para tratar de comprender, más aún, de justificar la actuación de Dios en el mundo.

»Las soluciones son diversas y evidentemente no todas son aceptables, y ninguna plenamente exhaustiva. Hay quien desde los tiempos antiguos se ha remitido al hado o destino ciego y caprichoso, a la fortuna vendada. Hay quien para afirmar a Dios ha comprometido el libre albedrío del hombre: o quien, sobre todo en nuestra época contemporánea, para afirmar al hombre y su libertad, piensa que debe negar a Dios. Soluciones extremistas y unilaterales que nos hacen comprender al menos qué lazos fundamentales de vida entran en juego cuando decimos «Divina Providencia»: ¿cómo se conjuga la acción omnipotente de Dios con nuestra libertad, y nuestra libertad con sus proyectos infalibles? ¿Cuál será nuestro destino futuro? ¿Cómo interpretar y reconocer su infinita sabiduría y bondad ante los males del mundo: ante el mal moral del pecado y el sufrimiento del inocente? ¿Qué sentido tiene esta historia nuestra, con el despliegue a través de los siglos, de acontecimientos, de catástrofes terribles y de sublimes actos de grandeza y de santidad?... ¿El eterno, fatal retorno de todo al punto de partida sin tener jamás un punto de llegada, a no ser un cataclismo final que sepultará toda vida para siempre, o —aquí el corazón siente tener razones más grandes que las que su pequeña lógica llega a ofrecerle— hay un Ser Providente y Positivo, a quien llamamos Dios, que nos rodea con su inteligencia, ternura, sabiduría, y guía «fortiter ac suaviter» nuestra existencia —la realidad, el mundo, la historia, nuestras mismas voluntades rebel-

*"des, si se lo permiten— hacia el descanso del «séptimo día»,
"de una creación que llega finalmente a su cumplimiento?"».*

JUAN PABLO II: Catequesis durante la audiencia general del miércoles, 30 de abril. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 18 (905), domingo 4 de mayo de 1986.

La Providencia en la vida del hombre y en la historia.

*«Dotado de tal, podríamos decir, equipamiento "existencial",
"el hombre parte para su viaje por el mundo. Comienza a es-
"cribir la propia historia. La Providencia Divina lo acompaña
"todo el camino. Leemos también en el libro del Sirácida:*

*»"El mira siempre sus caminos y / nada se esconde a sus
"ojos... / Todas sus obras están ante El / como está el sol y
"sus ojos observan / siempre su conducta" (Eclo 17, 13, 16).*

*»El Salmista da a esta misma verdad una expresión conmo-
"vedora:*

*»"Si tomara las alas de la aurora / y quisiera habitar al ex-
"tremo del mar, / también allí me tomaría tu mano y / me
"tendría tu diestra" (Sal 138/139, 9-10). "... Del todo conoces
"mi alma. / Mis huesos no te eran ocultos..." (Sal 138/139,
"14-15).*

*«La Providencia Divina se hace, por tanto, presente en la
"historia del hombre, en la historia de su pensamiento y de su
"libertad, en la historia de los corazones y de las conciencias.
"En el hombre y con el hombre, la acción de la Providencia
"alcanza una dimensión "histórica", en el sentido de que sigue
"el ritmo y se adapta a las leyes del desarrollo de la naturaleza
"humana, permaneciendo inmutada e inmutable en la soberana
"trascendencia de su ser que no experimenta mutaciones. La
"Providencia es una presencia eterna en la historia del hombre:
"de cada uno y de las comunidades. La historia de las naciones
"y de todo el género humano se desarrolla bajo el "ojo" de
"Dios y bajo su omnipotente acción. Si todo lo creado es "cus-
"todiado" y gobernado por la Providencia, la autoridad de Dios,
"llena de paternal solicitud, comporta, en relación a los seres
"racionales y libres, el pleno respeto a la libertad, que es expre-*

"sión en el mundo creado de la imagen y semejanza con el mismo Ser divino, con la misma Libertad divina».

JUAN PABLO II: Catequesis durante la audiencia general del miércoles 21 de mayo. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 21 (908), domingo 25 de mayo de 1986.

Los tiempos en los pueblos y las naciones en la historia según la Providencia Divina.

«Así, pues, los Apóstoles preguntan: "¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?" Por que su modo de pensar estaba todavía totalmente impregnado por las expectativas de la nación, a la que pertenecían, y cuya opresión compartían.

»La respuesta de Jesús es la misma, como siempre: "no os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad" (Act 1, 7). Hay los tiempos de la historia terrena del hombre, los tiempos de los pueblos y de las naciones, de sus caídas y de sus recuperaciones. Pero el "tiempo" en que piensa Jesús es otro: "Cuando el Espíritu descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines del mundo" (Act 1, 8).

»Por lo tanto: un tiempo diverso, una historia diversa, un reino diverso del reino terreno de Israel. El Espíritu Santo os sacará fuera, a las calles de Jerusalén: y luego os impulsará más allá, hasta los confines de la tierra, a todos los pueblos, a las naciones y a las gentes, a todas las lenguas, culturas y razas, a todos los continentes.

»El Salmo de la liturgia de hoy habla de lo mismo:

»"Pueblos todos, batid palmas, / aclamad a Dios con gritos de júbilo; / porque el Señor es rey del mundo. / Dios reina sobre las naciones" (Sal 46/47, 2-3.9).

»El Reino que "no es de este mundo", el Reino de Dios, está revelado en estas palabras una vez más, como una introducción a la Ascensión, a la exaltación de Cristo en la gloria del Padre.

»Este Reino se realiza mediante la historia de los pueblos y de las naciones, mediante todo el conjunto de la historia del hombre en la tierra. Se realiza por obra de Cristo: efectivamente, El es la plenitud de todas las cosas.

«Es necesario, pues, que se abran más profundamente los ojos del espíritu humano, que se abran a través de todas las vicisitudes de la temporalidad, mediante la historia del mundo, de nuestro mundo contemporáneo. Es necesario que el Padre de la gloria ilumine los ojos de la mente de todos, para que podamos comprender la esperanza a la que estamos llamados en Cristo, a qué gloria tan grande».

JUAN PABLO II: Homilía durante la Misa celebrada en la basílica de San Apolinar in Classe de Ravena. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 20 (907), domingo 18 de mayo de 1986.

El sentido de la historia y de la Providencia según San Agustín.

«Agustín tuvo un profundo sentido de la historia. De ello es un testimonio la monumental obra inmortal de la Ciudad de Dios. Efectivamente, en esta obra maestra la doctrina se expone en el arco de la historia comprendido entre la creación y su final escatológico. La doctrina agustiniana que se encarna, por así decir, en el dinamismo histórico de la humanidad en camino hacia la salvación, está aquí dominada por tres grandes ideas: la Providencia, la justicia y la paz.

«La Providencia no sólo guía la historia de los individuos, sino también la de las sociedades e imperios; la justicia, grabada por Dios en el corazón del hombre como un ideal (De Trin. 14, 15, 21), debe ser fundamental en todo reino humano —son tuyas estas fuertes expresiones: "remota iustitia, quid sunt regna, nisi mala latrocinia?" (De civ. Dei, 4, 4)— y es fundamental en toda auténtica ley —asimismo son tuyas estas otras no menos fuertes palabras: "mihi lex esse non videtur quae iusta non fuerit" (De lib. arb. 1, 5, 11)—. Con la justicia surge la paz: paz terrena que el Estado debe promover y defender, en lo posible a través de la paz y no de la guerra: "pacem pax non bello"; y la paz celeste que es propia de la Ciudad de Dios; "o sea, "la sumamente concorde y ordenada sociedad de los que gozan de Dios y mutuamente en Dios" (De civ. Dei 19, 13)».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en el Congreso sobre San Agustín el 17 de septiembre de 1986. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVIII, núm. 41 (928), domingo 12 de octubre de 1986.

La realización del designio de Dios en la historia requiere de los estímulos y esperanzas que vienen del Evangelio y de nuestro esfuerzo.

«No se trata de una utopía. Si se quiere de verdad, se pueden crear en el mundo condiciones nuevas, estructuras nuevas, relaciones nuevas entre los individuos, los grupos sociales y los pueblos, para asegurar la paz en la justicia y en la fraternidad. Jamás me cansaré de repetirlo a todos y de invitar a todos a la esperanza y al estímulo del porvenir, que nos vienen del Evangelio y que encuentra confirmación en los "signos de los tiempos".

»Pero debo añadir que los nuevos tiempos no llegan sin nosotros, o sea, sin el esfuerzo de nuestra colaboración constructiva en la realización del designio de Dios en la historia».

JUAN PABLO II: Discurso a los obreros en el establecimiento de la nueva Italsider el sábado 21. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XVII, núm. 40 (875), domingo 6 de octubre de 1985.